

El exilio español en Uruguay

(Testimonio de un «niño
de la guerra»)

La palabra exilio, término casi erudito hasta 1936, se ha convertido en uno de los lugares comunes de mi generación. Nacido en 1937 en plena guerra civil española, oí hablar de exilio desde mi infancia. Los *exiliados* —y no los *exilados*, como diríamos después— fueron personajes cotidianos de un mundo dividido claramente entre el bien y el mal, principios categóricos que nos habían dado respectivamente republicanos y franquistas y que prolongábamos en el escenario de la segunda guerra mundial: los aliados contra los países del Eje.

Fueron luego los exiliados españoles los amigos de mi padre, cuando emigramos al Uruguay apacible de los años cincuenta, esa «Suiza de América» como se lo había engañosamente bautizado. Vivía en Montevideo en un mundo de *refugiados*, donde la devoción a la España republicana derrotada era tan grande como el odio a la España franquista triunfante. En el Uruguay de entonces la solidaridad y la simpatía hacia la causa republicana eran totales. El conflicto español se había sentido hondamente. Se podía decir —como dijo Francisco Ayala de México— que en Uruguay: «Sin armas, a este lado del océano se puso en (el drama español) no menos pasión, esperanza y dramático fervor,» que el vivido en la península.

Nadie se preguntaba si había dos Españas, como haría años después León Felipe: «Y...¿si hubiese dos Españas, por ejemplo?». La única España válida y legítima era la «España peregrina», la del exilio, la de los *transterrados* —ese feliz neologismo acuñado por José Gaos— la de los *empatriados* en ese país generoso que nos había acogido sin ambivalencias. Nadie podía sentirse verdaderamente *desterrado* o *expatriado* en el Uruguay de entonces, tantas facilidades teníamos los españoles, desde la ciudadanía legal adquirida sin dificultad hasta los derechos cívicos y políticos que nos permitían ser electores y elegidos en un sistema democrático hasta ese momento indiscutido y único en el continente.

De arraigados y nostálgicos

De un modo u otro, ese *transtierro* y *empatriamiento* de los exiliados españoles en Uruguay era también válido para el resto de Hispanoamérica, donde se iban creando relaciones entrañables entre refugiados y nativos. En efecto, desde el primer momento, los intelectuales españoles habían tenido en Hispanoamérica ventajas que no tuvieron en otros países. Francisco Ayala lo subrayó al establecer el distinguo entre el exilio en tierra de «habla española» y el que transcurría en países de otro idioma.

En Hispanoamérica había posibilidades de arraigo que eran imposibles en los Estados Unidos, Inglaterra o Francia porque en la América «hispana», «con sólo apoyarse sobre los elementos de la comunidad local, abierta para él hasta cierto punto», el escritor podía «actuar en alguna medida como hombre de pensamiento». De eso se trataba: de insertarse, vivir y actuar en la nueva tierra. Esta era la cultura del exilio, el «modus vivendi» en que se traducían la voluntad de sobrevivir con la propia cultura en otra tierra, la actitud que actualizaba la teoría de las «dos Españas»¹.

«Yo no me siento extranjero» —afirmaba Ramón Sender, lo que le permitía añadir que: «A veces blasfemo contra México y otras lo adoro hasta un extremo para el cual no hay palabras adecuadas». María Teresa León, que andaba buscando «una patria para reemplazar a la que nos arrancaron del alma de un solo tirón», como escribió en *Memoria de la melancolía*, diría más o menos lo mismo de Buenos Aires: «Veinte años en una ciudad marcan», para reconocer que: «Seguramente los que llegamos a América fuimos los más felices. Nos encontramos con un idioma vivo, con nuestro español de los mil aderezos lingüísticos».

«América es la patria de mi sangre» —llegó a decir León Felipe, patria donde había de poner «la primera piedra de mi patria perdida», una piedra auténtica y no la de los «símbolos obliterados, los ritos sin sentido» y «el verso vano». León Felipe no sólo participó del movimiento de pensamiento que trataba de moldear el destino común de América Latina en compañía de Antonio Caso, Daniel Cosío Villegas, Manuel Rodríguez Lozano, Pedro Henríquez Ureña y Vasconcelos, sino que se proclamó «ciudadano de América» en nombre de la «Patria mayor que va más allá de la geografía y de la temporalidad política». Lo afirmaba con entusiasmo en un poema:

Esta España está en estas latitudes del aire y de la luz./ Y me lleno de una ruidosa alegría cuando/ oigo voces extrañas y celestes que me/ anuncian que he de venir a no ser un/ ciudadano de México, de Guatemala,/ de Nicaragua, de Costa Rica, de/ Colombia, de Venezuela, del Perú,/ de Bolivia, de Chile, de Argentina,/ del Uruguay... *sino un ciudadano de América*².

«Soy tan mexicano como el misionero y el conquistador» —repitió en otra ocasión, reclamando «carta de mexicano o de mestizo para cantar en coro... como todos los poetas de la América española».

Pero otros —utilizando la feliz fórmula de Darío Puccini en la introducción del volumen *Fascismo ed Esilio*³— vivían el «exilio como pérdida del paisaje», «pérdida del lenguaje» y «metáfora de la identidad nacional» no resuelta.

¹ Según Ramón Menéndez Pidal (Historia de España), vol. I, el origen de la teoría de las dos Españas estaría en la boutade de Larra sobre un epitafio de un cementerio —«Aquí yace media España: murió de la otra media»— que sintetizaría la intolerancia fratricida del español. Los famosos versos de Antonio Machado: «Españolito que vienes/ al mundo, te guarde Dios./ Una de las dos Españas/ ha de helarte el corazón.» Con el exilio de los españoles en América, las «dos Españas» se transforman en la peninsular y en la «peregrina».

² Citado por Marielena Zelaya Kolker, Testimonios americanos de los escritores españoles transterrados de 1939 (Ediciones Cultura Hispánica, ICI, Madrid, 1985); p. 53. Este volumen es muy útil en la recapitulación del «trastierro» español.

³ Actas del coloquio sobre el tema Aspetti e problemi della letteratura in esilio negli anni 1933-1975 celebrado en Cagliari (Italia) el 20 de febrero de 1987 (Giardini Editori, Pisa; 1988). En ocasión del segundo coloquio celebrado en diciembre de 1988, fui invitado a dar un testimonio sobre las raíces autobiográficas de mi novela Con acento extranjero, (Nordam/Comunidad, Estocolmo, 1985).

En nombre de «la nostalgia de la primera morada» algunos intelectuales de la «España peregrina», se empeñaban en negar toda posible virtud a la nueva tierra, proclamando en cambio «la superioridad intrínseca de su triste patria», quejosa actitud agravada en el caso de los *trasplantes* tardíos, como señalaba Francisco Ayala. El caso extremo fue el de Segundo Serrano Poncela. En su novela *Habitación para hombre solo*, lanzó un verdadero manifiesto de la orfandad y la rabia de la derrota, a través de un personaje hostil y ensimismado.

No sin cierto cinismo divertido, Ramón Sender consideraba en *Nocturno de los Cuatorce* que: «No hay que privarse de criticar al país de adopción», porque «gracias al exilio se tiene la ventaja de poder quejarse». Sender partía del principio de que: «Todos estamos solos en la Tierra. El exiliado, estando obligado a la soledad, tiene un consuelo sofisticado».

Frente a los españoles como Juan José Domenchina que no lograban adaptarse al país de exilio —basta pensar en los poemas *La sombra desterrada* y *El extrañado*— Manuel Andújar aconsejaba combatir los efectos nocivos de la nostalgia gracias al «descubrimiento propio de América». Se trataba de «comprender más y mejor a México, a Hispanoamérica, donde estamos y donde somos», afirmaba en *Crisis de la nostalgia* esfuerzo que realizó a través de la revista *Presencia*, editada para quienes «viven entre dos mundos», y deseaban practicar un «mestizaje ambiental» y un «criollaje selecto».

Claro que, aunque ese no fuera el caso del Uruguay al que había emigrado con mi padre en 1952, muchos españoles debían hacer frente al nacionalismo local y exacerbado de otros países latinoamericanos, ese nacionalismo que Ayala calificaba de «dañoso e injustificable prejuicio nacido de condiciones pretéritas». Por otra parte, la libertad perdida en España, no existía en todos lados. «No hay libertad omnímoda» en ningún país —consideraba Ayala, comprobando cómo los propios escritores locales de los países hispanoamericanos estaban limitados en su acción. Por ello se preguntaba si «todos los escritores viven hoy en el exilio», algo que nadie se planteaba en el Uruguay de ese momento, pero del que teníamos los sensibles ecos de lo que sucedía en países vecinos y que años más tarde viviríamos en carne propia.

La lectura como formación vital complementaria

De este mundo de verdades desgarradas y rotundas, nostálgicas y apasionadas del exilio español en América, dimanaba el aura ética y moral en la que crecí y me formé. Para quienes perdimos siendo adolescentes la fe religiosa que nos habían inculcado a «machamartillo» siendo niños en la oscura España de la postguerra, la noción maniquea del bien y del mal, de lo que podían ser el cielo y el infierno, surgía con toda su fuerza de la guerra civil, esa guerra que no había sido una sucesión de batallas, sino de tragedias —como escribió Koestler en su *Testamento español*— la llamada última guerra romántica de Europa, «el Apocalipsis de la fraternidad» al que cantara Malraux en *L'Espoir*.

En la historia vivida, lejos del catecismo, identificábamos los principios necesarios para dividir y ordenar el mundo. La guerra civil española nos daba la medida de dos concepciones irreconciliables de la historia que se prolongaban en la moral de la vida

cotidiana y en las definiciones de los conflictos mundiales posteriores y del propio devenir social y político de América Latina.

De la República derrotada y del franquismo triunfante, surgían las líneas que dividirían durante años los bandos irrenconciliables de la lucha de las luces contra el oscurantismo, el maniqueísmo inevitable de toda acción, el blanco y el negro sin matices ni términos medios, repetidos con el énfasis que llevaría a la muerte a tantos millones de seres humanos en la segunda guerra mundial y que luego sería parte del drama de los países del Cono Sur en los años setenta.

Para los que éramos «niños de la guerra» —es decir los nacidos en España y emigrados de niños o adolescentes a América Latina— las ávidas lecturas completaban la memoria de nuestros padres o la del círculo de amigos que venían a nuestras casas. La peculiar sensibilidad que nos daban el origen y la cultura española hogareña, se ordenaba en los libros de historia de Pierre Broué y Emile Témime, en el «laberinto español» de Gerald Brenan, en la «explicación» de Elena de la Souchere, en el «testamento español» de Arthur Koestler, en el papel de los «anarquistas» destacado por José Peirats, en los «cementeros bajo la luna» de Georges Bernanos, en la erudición de Hugh Thomas y sobre todo en el *Diario de la guerra de España* de Mikhail Koltsov, cuyos detalles del sitio de Madrid nos permitirían vivir como propia la guerra de nuestros padres. La edición de Ruedo Ibérico del *Diario*, sería uno de los libros que me acompañaría a París, años después, y a sus páginas volví cuando quise reconstruir la dura resistencia de Madrid en mi novela *Con acento extranjero*.

La formación de un «niño de la guerra» en Uruguay no se detenía en los libros de historia. Las lecturas se prolongaban en la literatura. La historia fáctica se volvía ficción en *La forja de un rebelde* de Arturo Barea, en el *Requiem* de Ramón Sender y en las disquisiciones de Max Aub sobre si existe el destino personal cuando se pertenece a un pueblo, a un raza o a un facción con la cual se ve obligado a compartir el desarraigo violento, es decir: ¿Cómo se ordenan los valores del individuo cuando su vida personal se ve amenazada o destruida por sucesos que él no puede domeñar?, sutil distinguo que le permitía sostener, a modo de *boutade*, que: «El hombre es del lugar donde ha cursado el bachillerato».

Esa sería, tal vez, la disposición que asumiríamos los nacidos en España durante la guerra civil, estudiando «bachillerato» en América. Pienso sobre todo en los «niños de la guerra» de México: Ramón Xirau, Tomás Segovia, Manuel Durán, Enrique de Rivas, Luis Ríos, Jomi García Ascot y José Pascual Buxó —integrados totalmente a la tierra del asilo— aunque algunos de ellos tendrían nostalgias del país que no habían conocido⁴. Luis Ríos lo cantaría en *El extranjero* y Jomi García Ascot en su poema *Del exilio* sostendría:

Hemos venido aquí, desde muy niños, a esperar y a vivir
...y hoy miramos de aquí nuestra casa perdida nuestra
Europa lejana...
ya es ancha nuestra vida,

⁴ Son poetas mexicanos, pero como afirma Aurora de Albornoz en una obra colectiva de José Luis Abellán *El exilio español de 1939*, «algún día contarán en cualquier historia de la literatura española».

ya cabe en la mirada
con el parque lejano, las manzanas.

Los poetas fueron los que nos dieron la metáfora y la síntesis de la pasión con que los «niños» abordamos la juventud en América. Nuestras lecturas fueron Luis Cernuda, Rafael Alberti, Antonio y Manuel Machado y, sobre todo, León Felipe. A partir de ellos remontábamos a los mártires de la guerra civil Federico García Lorca y Miguel Hernández, y seguíamos atentamente los «redobles de conciencia» de Blas de Otero y la «poesía urgente» de Gabriel Celaya. A través de esas lecturas —en las que en mi caso personal ayudó la visión de conjunto que daba la antología *Romancero della Resistenza spagnola* de Darío Puccini —creíamos orgullosamente ser los «cruzados del rencor y del polvo» a los que canta León Felipe en *El hacha* y todos nos repetíamos: «A cabalgar, a cabalgar, hasta enterrarlos en el mar».

Lo sintetizaría yo mismo cuando vino a Montevideo el poeta Marcos Ana, el mismo año de 1963 en que se vivió la intensa movilización para evitar el fusilamiento de Julián Grimau, uno de los acontecimientos que marcaron el «aprendizaje» español de mi generación. Escribí en aquella ocasión:

¡Qué suerte la de España haber tenido, para sus horas más difíciles, junto al derrumbe de todo lo que importaba, la voz de sus poetas! Federico García Lorca para simbolizar el crimen indignante de las primeras horas; Miguel Hernández para llevar el grito del pueblo echado de bruces en las trincheras; Emilio Prados anunciando al mundo el drama del Madrid sitiado: «¡Ay!, ciudad, ciudad sitiada/ ciudad de mi propio pecho:/ si te pisa el enemigo/ será para verme muerto.» José Bergamín para denunciar la impotencia y la ignominia de la maquinaria franquista: «¡Traidor Franco, traidor Franco,/ tu hora será sonada!/ Mal nacido de tu casta:/ no eres Franco, no eres nombre/ no eres hombre, no eres nada» ; Antonio Machado para la niebla y la nostalgia de la huida que terminó con sus días; Rafael Alberti para la dureza del exilio: «Duras las tierras ajenas/ ellas agrandan los muertos». Luis Cernuda en la culta resistencia disfrazada bajo la vigilante actitud de la dictadura: «Un día, tú ya libre/ de la mentira de ellos/ me buscarás. Entonces/ ¿qué ha de decir un muerto?» y todos los anónimos poetas que repiten: «Una vez más el gris de otro crepúsculo/ como ceniza sucia en la boca del alma./ Un día de vergüenza ha transcurrido⁵.

Marcos Ana permitió —con la intensidad que dan los testimonios personales— que cristalizara en nosotros, «los niños de la guerra» que no habíamos vivido directamente la guerra civil, una forma concreta de militancia. En unos versos simples de Marcos Ana sintetizamos la esperada solidaridad:

No sabéis lo que es un hombre/ sangrando y roto, en un cepo./ Si lo supierais vendríaís,/ en las alas y en el viento,/ para salvar lo que es vuestro.

Margarita Xirgu: las lecciones de García Lorca

Aunque Montevideo no figure entre las grandes capitales del exilio español, como lo fueron México, Buenos Aires, La Habana (pienso en María Zambrano y Manuel Altolaguirre) o San Juan de Puerto Rico (pienso en Pablo Casals y Juan Ramón Jiménez)

⁵ Fernando Ainsa, «Marcos Ana, el hombre», Gaceta de la Universidad n.º 29, Universidad de la República, Montevideo, 1963.

nez) fue —sin embargo— una ciudad donde encontraron refugio artistas y escritores que marcarían la vida intelectual del país. Quisiera referirme a algunos de ellos, porque ellos son —en definitiva— los «protagonistas» de este recuerdo sobre el 50 aniversario del fin de la guerra civil española.

Debo mencionar en primer lugar a la actriz Margarita Xirgu, compañera de Federico García Lorca, cuya experiencia permitió no sólo fundar la Comedia Nacional del Uruguay, sino la Escuela de Arte Dramático. Recuerdo todavía con emoción las representaciones de *Bodas de sangre* o *La casa de Bernarda Alba*, que esta mujer menuda y nerviosa protagonizaba y dirigía, y el mito que se fue forjando alrededor de su figura, aun cuando se retiró a vivir en un balneario —Solana del Mar— de la costa atlántica. Ese sería un santuario al que peregrinaría, hasta el día de su muerte, todo aspirante a las «tablas» uruguayas.

Eduardo Yepes: la memoria del hambre

También debe recordarse a los escultores Pablo Serrano y Eduardo Yepes. Si Serrano volvió a España en la oleada de retornos de los años cincuenta para convertirse en una de las figuras del arte contemporáneo de la península, Yepes se integró totalmente en la vida del Uruguay. Una de las razones de su total «acriollamiento» —y no la menor— fue su extraordinario amor por una hermosa mujer, Olimpia, con la cual se casaría y viviría en idilio permanente. Olimpia era la hija del pintor uruguayo Joaquín Torres García, creador de una de las escuelas más originales de la pintura latinoamericana, el «constructivismo», y Yepes la había conocido en Barcelona. Al «viejo» Torres García no le había gustado ese joven escultor, pero debió sucumbir a su tenacidad en el medio de una guerra que los arrastraba como un torbellino. Recuerdo a Yepes hasta los últimos años de su vida, cuando lo visitaba en el estudio subterráneo que se había construido en el jardín del fondo de su casa, siempre tierno y solícito hacia esa mujer que conservaba un aura de inocencia y coquetería.

Las obras de Eduardo Yepes figuran en edificios públicos y plazas de Montevideo, una de las cuales —el monumento a los desaparecidos en el mar— se yergue en la plaza Virgilio, en el promontorio de Punta Gorda que se adentra espectacularmente en el Río de la Plata. Por un feliz azar, ésa es la vista que tengo cuando voy a Montevideo, desde la ventana del dormitorio que ocupó en la casa de mi padre.

Y si hablo de una forma más entrañable de Yepes es porque sellamos con él una amistad cuyo secreto puedo revelar hoy. Conocí a Yepes el día en que ganó el Premio Blanes de escultura. Enviado a entrevistarle por el semanario *Repórter* donde trabajaba como periodista, Yepes me dijo en forma algo enigmática:

«Mire, el día que quiera escribir una biografía anónima e interesante de un hombre que ha hecho de todo en su vida, hable primero conmigo. Tal vez pueda ayudarle más de lo que cree».

Sin darme cuenta empecé a frecuentarlo. Tomando «mate» en el jardín de su casa, acompañado de su esposa y su hijo menor, tardío fruto de su amor, le gustaba contarme episodios de su infancia en el pueblo toledano de Yepes, del hambre crónica de pastores y campesinos, de las tendencias de los movimientos estéticos de la España re-